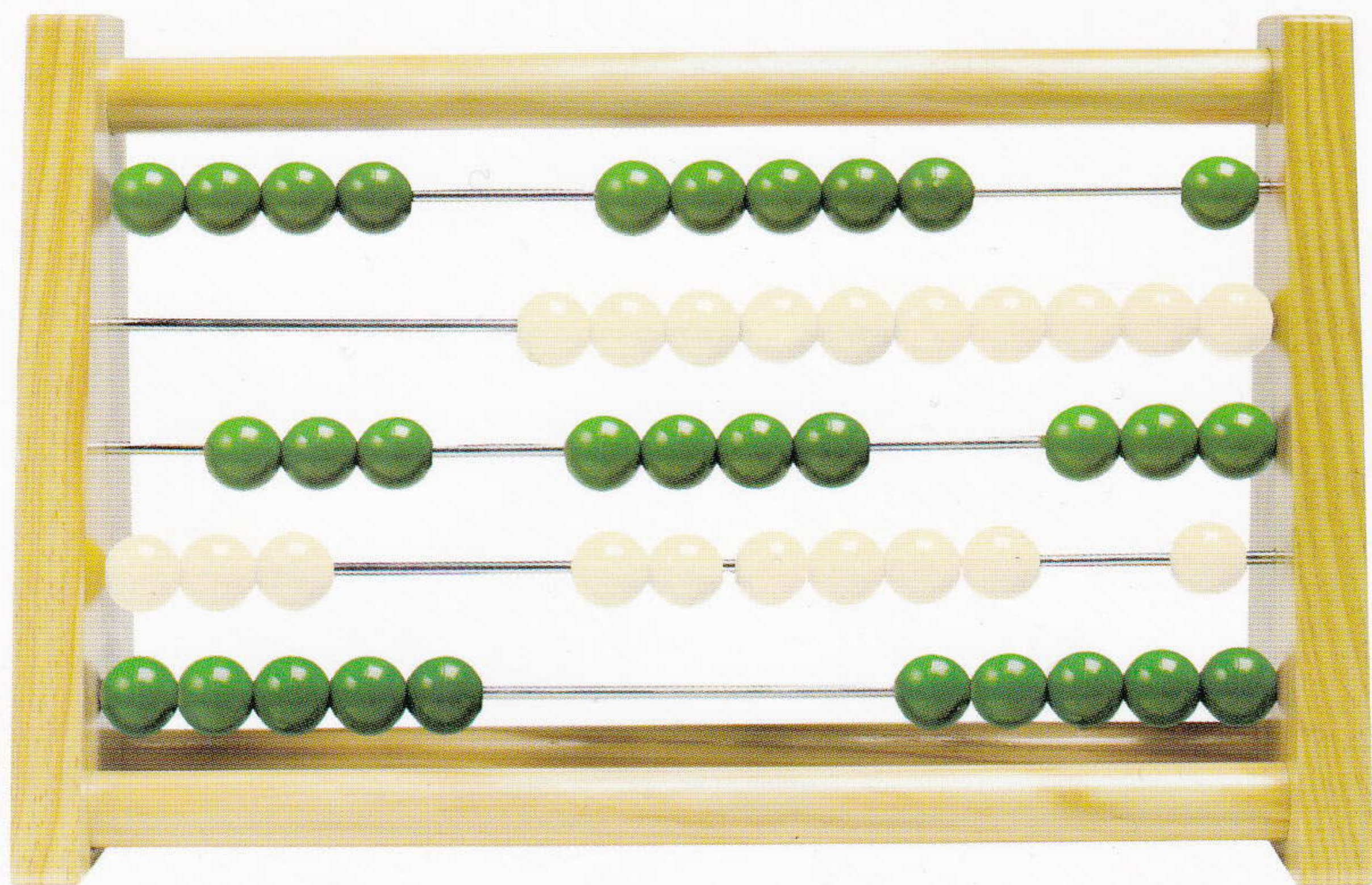


*cien empresarios*

**Antonio Parejo** *coordina un equipo de sesenta y seis especialistas para ilustrar la economía andaluza a través de las biografías de sus emprendedores más relevantes. Prólogo de Manuel Pimentel.*

# GRANDES EMPRESARIOS ANDALUCES





Bruno Wetzig Toepel había nacido en Elehaalt (Sajonia, Alemania) el 9 de septiembre de 1855. Estudió Ingeniería y Química en las prestigiosas universidades de Friburgo y Heidelberg y, una vez licenciado, se trasladó a España. En 1878 ya está en nuestro país, y después de una estancia de dos años en Oviedo, en cuya fábrica de yodo trabaja, se asienta en la provincia de Huelva. En 1880 es nombrado director de las minas de San Telmo. Permanece en el cargo hasta 1885 y a él se deben, entre otros importantes trabajos, las obras de cementación de cobre (*Odiel*, 11 de marzo de 1947). Aunque a partir de entonces se va a dedicar a otras actividades, no va a perder por ello el interés por el negocio minero. Entre 1890 y 1922, B. Wetzig registra al menos cinco explotaciones mineras en la provincia a título individual y otras cinco en representación de la Sociedad Wetzig y Weickert. Gerardo Weickert, su socio desde 1897, formaliza, a su vez, otros tres denuncios entre 1912 y 1927.

Aunque también se dedica a otros negocios como la comercialización de vinos en el exterior, Bruno Wetzig va a alcanzar el éxito en su carrera empresarial en el sector de fertilizantes, con la construcción de la primera gran fábrica de abonos de la provincia. La experiencia adquirida en el sector minero y su formación académica debieron de serles muy útiles en este empeño. Hay que tener presentes las estrechas vinculaciones entre el sector minero, y muy particularmente el del cobre y el de los fertilizantes. Los problemas técnicos para la recuperación del azufre de las piritas cupríferas y su conversión en ácido sulfúrico, una sustancia básica en el sector químico, son superados en la segunda mitad del siglo XIX. Desde entonces van a proliferar las plantas de ácido sulfúrico asociadas a estas explotaciones, como la de Riotinto Company que comienza a operar en 1889, una de cuyas líneas de producción fundamentales es la de abonos minerales (superfosfatos). Bruno Wetzig presentaba, en este contexto, un perfil profesional muy adecuado para su nueva función empresarial. El ingeniero Wetzig era un experto en economía minera que publicaba sus trabajos en revistas científicas. Pero también era un licenciado en química que debía conocer a la perfección la obra del *padre* de los fertilizantes artificiales, J. Liebig, sajón como él.

Para poner en pie este proyecto, va a promover la fundación de dos sociedades comanditarias de capital alemán. Con ese fin, el 16 de diciembre de 1892 se inscribía en el Registro Mercantil de la ciudad la sociedad regular colectiva Clauss y Wetzig. Francisco Luis Clauss y Roeder, un destacado comerciante de la ciudad, convenía con Wetzig en ese día constituir una compañía dedicada a la fabricación de abonos, aunque también a otras actividades comerciales que no se especifican. La duración de la sociedad sería de cinco años prorrogables bajo las mismas condiciones: si se decidía continuar en dicha actividad y compañía, no obstante, se tenía que hacer constar en un escrito público que tenía que ser firmado un año antes de la conclusión del actual contrato. Su capital social alcanzaba la suma de 60.000 pesetas, que eran aportadas en igual cantidad



por ambos socios. Se permitía que cualquiera de ellos aumentase su participación si así lo creyera conveniente: se le abonaría en tal caso un 5% de interés por la demasía. Se tenía que proceder a realizar un balance de las cuentas de la sociedad a principios de febrero de cada año y se repartían beneficios a razón de un 5% sobre el capital existente. De igual forma, y como era preceptivo, los dos socios tenían los mismos derechos y obligaciones y podían usar la firma social en sus actividades económicas. Por último, a la disolución de la compañía cada socio recibiría la parte que le correspondiera según su participación en ese momento en la sociedad.

Un par de años después de la constitución de la sociedad, los dos empresarios alemanes compraban el terreno en el que se iba a construir la fábrica a Guillermo Sundheim. En realidad, es bastante probable que la idea original de la fábrica le correspondiera a este último, que poseía al menos desde 1891 en el Estero de las Metas un pequeño establecimiento de elaboración de abonos: éste disponía, además, de un paso a nivel para descarga de mercancías del ferrocarril Huelva-Sevilla. En cualquier caso, el 24 de enero de 1894 se escrituraba a favor de la compañía Clauss y Wetzig ese terreno, de 22.000 m<sup>2</sup>, con sus instalaciones y derechos de paso. En ese terreno se construyeron inicialmente 783 m<sup>2</sup> distribuidos en cuatro edificios: una oficina (104 m<sup>2</sup>), un almacén (352 m<sup>2</sup>), la casa del guarda (21 m<sup>2</sup>) y la fábrica de abonos propiamente dicha (304 m<sup>2</sup>).

El 31 de octubre de 1897 los dos socios, de mutuo acuerdo, deciden disolver la sociedad y poner fin a su relación comercial. Como se estipulaba en la escritura, se debía realizar un registro de los bienes para proceder a su reparto. El capital social de la empresa ascendía en aquellas fechas a 95.255,97 pesetas que debían dividirse al 50% entre los dos asociados. Luis Clauss recibirá por este concepto, además de 10.000 pesetas en efectivo y 13.193,56 que la compañía Wetzig y Weickert, sucesora de la anterior, se comprometía a imponer en una cuenta corriente a su nombre, un trozo de terreno de 7.084 m<sup>2</sup> en el Estero de las Metas (que se valoraba en 2.000 pts.) y 20.934,42 pesetas en «valores de la compañía» que no se especifican.

B. Wetzig, que pretendía seguir con el negocio, se quedaba con las instalaciones (31.127,98 pts.) y con algo más de las dos terceras partes de la superficie del solar inicial (15.916 m<sup>2</sup>), con un valor estimado de 15.000 pesetas. Además, hacía expresa renuncia a continuar con las actividades de exportación, a las que sí se seguiría dedicando L. Clauss, excepto en lo que se refiere al comercio de vinos. El derecho a descarga en el paso a nivel va a ser compartido por ambos.

El 11 de noviembre de 1897 se formalizaba ante Juan Cádiz Serrano la escritura de constitución de la nueva sociedad Wetzig y Weickert. La sociedad tenía como cometido la fabricación de guano «y demás negocios mercantiles a los que de común acuerdo resuelvan extender sus negocios». El capital inicial se cifraba en 75.000 pesetas. Gerardo Weickert Duncan, otro empresario de origen alemán, aportaba 30.000 pesetas en efectivo, lo que representaba un 40% de la sociedad. Wetzig proporcionaba a la



compañía la superficie de terreno (15.000 pts.) y las instalaciones fabriles (30.000 pts.), además de la propia razón social. Se reproducían en este documento algunas de las cláusulas del convenio anterior: un plazo de cinco años prorrogable; la obligación de formar balance contable anual a principios de febrero y la distribución de dividendos también anuales, en este caso a razón de 6% y en relación a la participación. Se hacía constar también en el contrato la prohibición a los dos socios de realizar cualquier tipo de actividad mercantil al margen de la sociedad y se hacía una expresa mención en este sentido al negocio minero. Por último, se establecía un fondo para gastos personales de 6.000 pesetas anuales.

En los primeros años de funcionamiento, la fábrica se dedicó a la producción de fertilizantes naturales. En la planta se trataban desechos y restos orgánicos como harina de huesos, astas y pezuñas de animales, desperdicios de pescado o *recortes* de cuero. Tras la recepción, selección y ordenación de esos restos, se les sometía a varios procesos de cocción, secado y trituración. El producto final era un abono natural listo para el consumo que contaba con una proporción superior al 80% de materia orgánica y entre un 6% y un 10% de nitrógeno, parcialmente soluble.

Las limitaciones del abono orgánico y las crecientes dificultades para colocarlo en el mercado, llevan a los empresarios a introducir los modernos métodos de elaboración de abonos compuestos desde principios de siglo. Con el objetivo de incrementar los rendimientos de los abonos, pero también de facilitar su manejo y transporte, se introdujeron componentes minerales en su fabricación. Se trataba de superfosfatos, potasa, nitrógeno amoniacal y nitratos. Los abonos completos, que se van a vender bajo la marca registrada Fertilitas y de acuerdo a la normativa legal sobre graduación de abonos, se comercializaban bajo tres categorías, dependiendo de la distinta proporción de minerales que contuviera y el cultivo al que se aplicarían: los cereales, las leguminosas y las hortalizas, patatas, viñedos o arboleda.

Esos cambios, según un documento oficial, dieron «excelentes resultados». La red comercial de la compañía se extendió por un área que iba desde Córdoba al este hasta Extremadura. Las ventas se organizaban por medio de agentes comerciales como Manuel Morillo, representante de la compañía en Badajoz. Extremadura, más accesible a través del ferrocarril Huelva-Zafra, tenía particular interés para esta compañía. Primero, como mercado, pues éste iba a ser el destino de una parte importante de su producción: uno de los participantes en la Exposición Onubo-Extremeña de 1903, el agricultor extremeño Fernando Llera, presentaba precisamente un tipo de trigo que había sido abonado con fertilizantes procedente de esa fábrica. Sus yacimientos de fosfatos, por otra parte, también resultaban atractivos. Así, la empresa llegó a adquirir la mina Joya (Cáceres), y compraba a principios del siglo XX fosfatos de Logrosan (Badajoz). De ahí que participaran activamente en la Exposición Onubo-Extremeña y que obtuvieran en ese certamen una medalla de oro por las muestras de abono químico que presentaron (*La Provincia*, 12 de julio de 1903).



No obstante, el gran objetivo en el mercado nacional fue la zona levantina, «las provincias de mayor consumo de abonos orgánicos de calidad». En los años treinta, sin embargo, ese mercado ya se había desechado a favor de las provincias limítrofes, fundamentalmente por los excesivos costes del transporte, de los que los empresarios se quejaban amargamente en una encuesta oficial. Como se dice en ese mismo documento, en «años normales» también se exportaba una pequeña cantidad de producción, aunque no se especifica nada más.

Las instalaciones se extendieron en estas fechas. De ello se hacía eco el periódico *La Provincia* (18 de febrero de 1899):

«La fábrica onubense de abonos artificiales Fertilitas, de que es director nuestro antiguo amigo Bruno Wetzig, va adquiriendo cada día nuevo impulso, y pronto será ampliada con nuevos edificios y nueva maquinaria, por exigirlo así ya las necesidades del trabajo y de su producción en constante aumento».

En efecto, de los 781 m<sup>2</sup> iniciales se pasó a 2.400 m<sup>2</sup> edificados. De los cuatro grupos de edificios fue la fábrica la que más creció, en parte para acoger la maquinaria. Ésta se componía de una caldera de vapor, una máquina autoclave para cocción, un aparato desorizador, una trituradora, dos molinos de bolas, dos desagregadores y dos pilones de ataque. También la compañía adquirió una finca de 19.934 m<sup>2</sup> en la carretera de Sevilla a Herman Vietsch y Rapp, que lindaba con tierras del propio B. Wetzig.

La muerte en 1923 de Gerardo Weickert obligaría a reorganizar la sociedad, que en adelante, y hasta la actualidad, se denominaría Wetzig, Weickert y Compañía. El 24 de mayo de 1924 se constituía con un capital de 250.000 pesetas y con la incorporación de un familiar del difunto, Bruno Weickert Buschmann, y de un tercer socio, Guillermo Ramcke Krohn. Sin embargo, la marcha de los negocios se va a ver afectada negativamente por varias circunstancias que, de hecho, van a reducir significativamente las actividades de la empresa en los años treinta. Así se estimaba que aunque a pleno rendimiento la fábrica podía alcanzar las 2.200 t de abonos compuestos, en 1934-1935 sólo llegaba a las 1.601 t, tal como la encuesta antes aludida reflejaba. La escasez de materias primas orgánicas en el mercado nacional y «la competencia grande en precio de los abonos inorgánicos» elevaba considerablemente los costes internos. Por otro lado, los gastos de transporte en un sector que mueve productos de gran peso y volumen a veces en largas distancias encarece significativamente el producto final y reduce la capacidad de la compañía para introducirse en mercados en expansión, como ocurre en el caso de Levante. Y la atonía de la demanda, en una situación de crisis agraria que atenaza a unos agricultores fuertemente endeudados por el excesivo coste de las labores y unos precios poco remuneradores, tampoco ayuda.

Por último, las medidas intervencionistas del gobierno, y en particular la fijación del porcentaje mínimo, por debajo del 5%, de sustancias minerales que deben contener los abonos compuestos, son muy negativas. Sobre todo si se tiene en cuenta que los fertilizantes con menor riqueza en nitrógeno y potasa son los más utilizados para los



cereales, el cultivo dominante en la zona que proporciona en torno al 50% de beneficios a la empresa. A pesar de esa situación, se pudo mantener la plantilla de 24 trabajadores —siete de ellos directivos y administrativos, 17 obreros (uno de ellos cualificado)— sin realizar ningún despido.

La Guerra Civil debió de suponer un serio trastorno en las actividades de la fábrica. El principal problema al que se enfrentaron los empresarios fue la falta de las materias primas. En diversas ocasiones, insistiendo en el carácter estratégico de la industria para el sostenimiento de la agricultura, los propietarios solicitan licencias de importación de sustancias minerales y se quejan del desabastecimiento de materias orgánicas. Sin embargo, una prudente gestión de los recursos propios y el conocimiento de los resortes legales del nuevo régimen debieron de ayudar a mantener la actividad. En una instancia dirigida el 3 de septiembre de 1936 al delegado de Industria se reconoce que la producción anual es de unas estimables 2.000 t de abonos compuestos. Las compras en los años 1937 y 1938 de miles de sacos y de cuerdas para envasar abonos (en una sola ocasión para 105 t) también parecen indicar que la actividad no cesó totalmente. Incluso, en una nueva solicitud de materias nitrogenadas en 1940 al ministerio, se llega a declarar una cifra de producción para 1939, a todas luces exagerada, de 2.500 t de abonos compuestos, pero que redundaba en esa misma idea.

El período que transcurre desde el final de la Guerra Civil hasta 1947, año en el que muere el fundador de la compañía, es el de una tímida recuperación en un ambiente muy difícil para los negocios. En ese contexto, los empresarios muestran una encomiable capacidad de adaptación. Se inaugura una nueva línea de producción, la de los piensos para animales, y se aumenta la superficie edificada hasta los 3.069 m<sup>2</sup>. La propia fábrica, a la que se van a añadir una nave con armazón de hierro, zona de talleres y almacenes, y varias dependencias, va a alcanzar los 2.488 m<sup>2</sup>. También va a procederse a una pequeña pero significativa ampliación de plantilla, que va a llegar a los 25 trabajadores, la más alta desde los años treinta. En la Solicitud de legalización de industria que los dos socios restantes presentan al ministerio a la muerte de B. Wetzig, afirman que la fábrica era capaz de producir al año 2.500 t de abonos compuestos, varios cientos de toneladas de materias orgánicas y 250 t de piensos. Aunque no se dispone de más datos de esa época, las cifras del Censo de Industrias del Ministerio de Industria desde 1951 a 1962, que nunca superan las 1.300 t de producción de abonos compuestos y que en 1959 llegan a ser de 91 t, hacen pensar que esas cifras eran excesivamente optimistas y que, en cualquier caso, se asiste a la última fase de crecimiento de la firma. Los problemas de abastecimiento de materias primas, la incapacidad para modernizar la maquinaria y, especialmente, las estrictas reglamentaciones sobre abonos compuestos del gobierno desde los años cincuenta fueron las causas de un acusado declive desde entonces, según se declara en el Censo, que se agudiza a partir de 1960. En 1969 la fábrica se cerraba definitivamente, aunque la firma, dedicada a otras actividades, se mantiene hasta la actualidad.

**Juan Diego Pérez Cebada**